88 Horas.

Una no-triste historia de una no-relación

88 Horas.

Una no-triste historia de una no-relación



Belem Miret

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: Junio de 2026

Depósito legal: SE 2562-2026

ISBN: 979-13-7046-999-3

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Belem Miret
© Ilustración de portada: Octavio Martínez
Inspirado en un dibujo de Gele Miret
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España — Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y por tanto, **ecológico**.

Noviembre de un año N cualquiera. El inicio

Era sábado por la tarde. Mi hijo mayor, Genís, de quince años, vino a mí con el ímpetu exagerado que le caracteriza cuando piensa que tiene algo importante que comunicar, para decirme que estaba viendo un pódcast superinteresante en el que salía un científico que explicaba cosas «de esas que me gustan», y que tenía que verlo necesariamente. El pódcast en cuestión consistía en unas entrevistas que realizaba un conocido *youtuber* a personas de diversa índole.

Mi reacción inicial fue rechazar automáticamente la invitación de mi hijo. La palabra *youtuber*, de entrada, me provocaba bastante grima, con lo cual ya no dejaba abierta ninguna posibilidad a que me sentase junto a mi hijo para visionar algo del pódcast. Pero Genís insistió: mamá tienes que ver la entrevista, te va a gustar, te va a gustar… de verdad… es un científico que explica cosas como las que te gustan a ti… por favor, míralo. Insistió tanto, que decidí concederle una oportunidad, y me senté en el sofá, a ver de qué iba el tema, estando convencida de que no duraría ni cinco minutos frente a la pantalla. De modo que tomé asiento y me dispuse a complacer a mi hijo, más que a pretender disfrutar de eso que a él le parecía tan interesante. Tenía pocas expectativas de que aquello fuera a provocar ningún tipo de reacción en mí, y mucho menos de que me agradase. Así que me senté a su lado, esperando que los cinco minutos pasasen rápido. Genís accionó

el «play» y empezamos a escuchar la efusiva presentación que se hacía en referencia al invitado de ese programa. Tengo que reconocer que esa entrada generó en mí cierta curiosidad, aunque seguía con poca esperanza en cuanto al resultado global. Al final, qué clase de científico, si es que lo era, iba a sentarse a hablar con un *youtuber*. Así de tajantes y erróneos eran mis prejuicios con respecto a ese colectivo que, por cierto, cambiaron radicalmente a partir de esa entrevista.

Finalizado el saludo inicial de rigor, la cámara enfocó al entrevistado, y de repente mi cerebro hizo un extraño clic. La imagen era la de un hombre muy atractivo, maduro, pero de aspecto joven, con el pelo castaño, largo a la altura de los hombros y ligeramente ondulado. Primer toque de atención: siempre me han atraído los hombres con el pelo largo, y casi se podría decir que es un fetiche para mí. Lucía una barba corta que le añadía un aire aún más interesante, y eso que los hombres con barba a mí nunca me han gustado, pero a él le quedaba especialmente bien. El look se complementaba con un tatuaje que le adornaba el cuello, cerca de la oreja derecha, del tamaño de unos cinco centímetros y en el que se apreciaban una especie de símbolos que sugerían alguna palabra en algún extraño idioma. Este último detalle le confería una estética un tanto rebelde, o al menos diferente de la imagen colectiva que a veces tenemos de lo que es un científico, e incluso del aspecto genérico que asociamos a un señor de mediana edad. Eso le aumentaba aún más el atractivo. Pelo largo y aspecto poco convencional, con un punto hippie… mis neurotransmisores se empezaban a poner en alerta, intuyendo el cóctel hormonal que vendría después.

La entrevista empezó formalmente y comenzaron las preguntas por parte del *youtuber*—presentador, a las cuales el científico iba contestando, una por una, con suma elegancia y cortesía. El contenido en sí resultaba bastante interesante. Pero lo que empezó a maravillarme, a medida que el programa iba avanzando

y se iba adentrando en cuestiones puramente científicas, era la claridad inmensa con la que era capaz de explicar conceptos muy complicados. Era doctor en matemáticas y doctor en filosofía. Estaba especializado en teoría de singularidades y se dedicaba a la investigación y desarrollo de las matemáticas en campos que iban desde el estudio de los agujeros negros hasta la genómica, pasando por las ecuaciones en sistemas complejos, como las neuronas. Es decir, se dedicaba a lo más profundo de la matemática. El hecho de que además fuese doctor en filosofía le otorgaba un complemento intelectual muy poco frecuente. Esos dos doctorados, tan alejados y al mismo tiempo tan complementarios entre sí, le colocaban en una élite intelectual reservada a las mentes más brillantes.

Claro que mi hijo había acertado: aunque mi vocación científica se orientaba a la biología celular y al estudio de los genes, las matemáticas complejas siempre me habían fascinado, mientras estudiaba la secundaria, al igual que lo había hecho la filosofía. Y aunque mi formación y mi profesión habían derivado hacia las finanzas, siempre había procurado estar mínimamente al día de los avances en ciencia, y había ido asistiendo a charlas de filósofos, a modo de puro hobby.

La entrevista iba transcurriendo y me daba cuenta de que estaba ante un científico que nos iba trasladando a los límites de lo conocido, pero lo hacía de una forma magistral. Era capaz de adaptar la complejidad de los conceptos que explicaba, a un nivel comprensible para todo el mundo, con una humildad y una empatía sublimes. Me fascinó desde el primer momento. Y esa misma fascinación era la que me iba calando por momentos, con cada explicación, con cada ejemplo, con cada concepto, con cada argumento. Convertía los desarrollos y ecuaciones matemáticas que provenían de las teorías más complicadas, en conceptos asimilables para cualquier lego mínimamente interesado en aprender. Realmente tenía una habilidad especial para comunicar co-

nocimientos científicos, un don que le convertía en un auténtico maestro.

Resultó ser, además de profesor en una universidad de una ciudad del sur, investigador en dos centros de máximo nivel y divulgador de ciencia. Supuse que esta última faceta, la de la divulgación, se le tenía que dar bien, viendo la destreza que tenía exponiendo ideas, y respondiendo a preguntas que iban desde su área más académica, hasta temas diversos como la política, la historia o la sociología. Además de la parte centrada en la matemática y la filosofía, el entrevistador también aprovechó para preguntarle cosas de tipo personal, y aquí el científico fue igualmente encantador. Explicó algunas situaciones de su vida que habían sido sensiblemente duras, y dio ejemplo de cómo había sido capaz de superarlas y trascenderlas.

El resumen era que todo lo explicaba bien, de forma sumamente agradable, y además con una especial sencillez, sin dar la sensación de presumir o alardear, a pesar de su altísima capacidad intelectual. En definitiva, encandilaba con cada respuesta, con cada frase, con cada palabra que pronunciaba. Aunque hablaba español perfectamente, tenía un acento peculiar, debido a su origen, un país bastante lejano, del cual también explicó algunas anécdotas.

De repente me di cuenta de que mi cerebro hacía rato que andaba buscando un símil para esa persona que acababa de hipnotizarme. Quería ponerle un nombre a esa figura, asimilarlo a algún personaje más cercano o más conocido, alguien que me hubiese impactado anteriormente, ya fuese real o de ficción.

No era fácil: tenía que ser un hombre atractivo, con pelo largo y oscuro, valiente, fuerte, luchador, y, muy importante, con aspecto un tanto rebelde. Entonces me vino la respuesta a la mente. ¡Claro que sí! Tenía delante de mí, ni más ni menos, que a mi «último mohicano». Aquí alguien se preguntará: «¿Cómo?». Tiene una explicación que se remonta a mi adolescencia. En esa época,

la de la adolescencia, casi todo el mundo tiene algún ídolo, que en algunos casos llega a ser casi un amor platónico, y que acostumbra a ser alguien real, de carne y hueso, y contemporáneo; un cantante, un actor, un presentador, etcétera. Yo nunca tuve a nadie que me impactase de esa manera. Pero sí que había un personaje que me fascinaba, y que podía haber sido esa especie de icono, si no hubiese sido porque era un personaje de ficción. Se trataba del actor Daniel Day Lewis, pero interpretando al «Último mohicano». Sí, se podría asumir que mi amor platónico de adolescencia había sido un personaje de ficción. Soy un pelín complicada, lo reconozco. Pero en aquella época, ese había sido mi ideal de hombre. En lugar de soñar con príncipes, a mí me atraían los rebeldes valientes que luchaban por causas justas, que eran nobles, honestos, fieles, entregados, y… con el pelo largo. Mi mente asoció la imagen del científico brillante, con todas esas virtudes intelectuales y personales, unidas a su melena y a su tatuaje, con el «último mohicano… de la matemática».

En este punto yo ya estaba completamente abducida por la entrevista, o más bien por el entrevistado. Así que me quedé clavada en el sofá durante las tres horas que duró el programa. La sensación, al acabar, fue de quedarme con ganas de más; de querer seguir escuchando y aprendiendo más de ese científico que me había sacudido por dentro.

Empecé a pensar en lo que acababa de suceder en esas tres horas que habían transcurrido como si hubiesen sido cinco minutos, y al mismo tiempo analizando mi reacción. ¿Y qué era lo que acababa de suceder? Sencillo y complicado a la vez. La respuesta era que, aparte de haberme quedado alucinada escuchando a un doctor en matemáticas y filosofía, que me había maravillado con las explicaciones que daba, tanto las científicas como las personales, se había activado en mi interior algo más que las neuronas. Una sensación recorría todo mi cuerpo. Una emoción que había estado aletargada desde hacía mucho tiempo. ¡Me estaba sintien-

do atraída por ese científico! Lo que me resultaba sorprendente es que no era solamente una atracción física. No era solamente una reacción hormonal. Era una atracción que implicaba el resurgir de ciertos sentimientos que creía enterrados para siempre.

A mis cuarenta y siete años, notaba cómo, de repente, unos famosos y poderosos impulsos neuronales se iban despertando poco a poco, como si hubiesen estado aletargados durante mucho tiempo, hibernando en un sueño profundo. Y no era metafórico. Era real, y tenía una explicación.

Mi marido había fallecido hacía casi cuatro años. Durante ese tiempo, había ido dejando que la pena y el dolor se fuesen regulando, se fuesen acomodando a mi persona, a mi forma de vida, y por encima de todo, había procurado que afectasen lo mínimo a mis dos hijos. La parte más profunda del duelo parecía superada, aunque eso nunca se puede afirmar con total certeza. De vez en cuando escuchaba frases como: Eres muy joven, tienes que pensar en rehacer tu vida…, y un etcétera de cosas parecidas, pero la posibilidad de poder encontrar una persona que provocase algo en mí, parecido a lo que llamamos vulgarmente «enamorarse», no se me pasaba por la cabeza. No era que estuviese cerrada a ello. Era simplemente que mi mente no llegaba a planteárselo.

Pero en ese momento, me encontraba frente a la pantalla del televisor, pronunciando mentalmente: Uau… Con un hombre así, sí que podría replantearme algo parecido a «rehacer mi vida». Automáticamente me respondí a mí misma: sí, claro. ¿Y dónde vas a encontrar un «Kormatz» por aquí cerca? No me suena que haya ninguno parecido alrededor.

No podía negarlo: el doctor Andrey Kormatz, que así se llamaba el científico, acababa de activar una zona de mi mente que estaba reservada, de forma exclusiva, a unas pocas personas. Me refiero a ese espacio único del universo femenino, en el que la sensibilidad se despliega, la ternura nos derrite, y la imaginación amenaza con viajar hasta los rincones más íntimos.

Ya había experimentado una sacudida hormonal hacía algo más de un año, cuando un joven artista urbano, quince años más joven que yo, se había sentido atraído por mí. Había sido un capítulo divertido y que de hecho no había concluido del todo. Debido a una curiosa coincidencia, este joven artista, que solo me había visto una vez por la calle, y que no me conocía de nada, tuvo acceso a mi teléfono y un buen día empezó a enviarme mensajes, que al principio eran piropos un tanto sugerentes, y que a los pocos días acabaron siendo mensajes eróticos. Tengo que reconocer que ese fue mi resurgir desde el punto de vista estrictamente hormonal. Hasta ese momento, había pensado incluso que ya ni siquiera tenía libido. Y eso me sirvió para comprobar que la conservaba intacta.

El artista se encargaba, casi a diario, de estimular mis estrógenos con sus mensajes picantes. Al principio fue una mezcla de sorpresa y elevación de autoestima. Resultaba que, a mis «cuarentaymuchos», yo era capaz de atraer físicamente a un joven de «treintaypocos», que encima era guapo. Fue un auténtico subidón. La verdad es que la situación me resultaba estimulante y divertida al mismo tiempo. Llegué a acceder a que nos viésemos en persona un par de veces, pero simplemente estuvimos hablando. Aunque hubiese sido fácil lanzarme a disfrutar, sin mayor preocupación, porque él lo pedía insistentemente, y de forma muy perseverante, yo nunca permití nada más. No podía, no era capaz, no tenía la mente así de liberada. Con el tiempo, pensándolo fríamente, me he dado cuenta de que simplemente era un bloqueo personal que me imponía a mí misma, y que debía ser consecuencia de mi educación y de mis prejuicios morales. Porque en el fondo, ¿qué había de malo en acostarse con alguien con quien hay atracción mutua? Absolutamente nada, pero supongo que allí estaba mi mentalidad romántica que, combinada con mi moral, impedían dar rienda suelta al simple disfrute sexual, si esto no estaba acompañado de sentimientos. Así que la historia del